

Una Epístola y un Soneto.

Entre Carlos Reyles y José Enrique Rodó.

Excmo. Señor don José Enrique Rodó, Príncipe del Ingenio, Señor de Ariel, de Proteo y del Mirador de Próspero, Caballero del Cisne y de la Pluma de Oro, etc.

Excmo. Señor: Mucho me temo exceder los límites naturales de la amistad que Vuestra Señoría, honrándome, me dispensa, é ir más allá de lo que, en buena ley, permiten las relaciones de señor y vasallo al solicitar de tan alto príncipe como lo es Vuestra Señoría, el escudo de su esclarecido nombre y el amparo de su bien tajada pluma, para uno de los vástagos de mi fantasía, pobre como mío, orgulloso como pobre,

y necesitado de protección, como todos los que, ansiosos de correr aventuras y con ánimo suelto y arrogante, se salen de la casa solariega, en cuya holganza y franqueza crecieron, para echarse á los caminos del mundo, donde todo son quitasueños, rejalgares, enredos prolijos, trapacerías tenebrosas, lazos, trampas, puñaladas de pícaros y airados trabucos que, en las encrucijadas y aun en campo llano, apuntan al pecho y piden la bolsa ó la vida. Pero la necesidad tiene cara de hereje. Aleccionado yo por la amarga experiencia de tres hijos que mucho bogaron sin salir á puerto; de tres hijos, que partieron de esta casa vendiendo salud y contento y tornaron enmagrecidos y destilando pesadumbres, busco para el cuarto el padrino de fuste y seguro rodrigón que les faltó á los primeros y fué causa principal de su derrota y abatimiento.

Hidalgo, aunque obscuro, nací, y por no avenirme á serlo de bragueta, prostituyendo mi honrada y pulcra estrechez á la opulencia de las Musas y Famas ligeras de cascos, ando á pedir limosna en el templo de la Gloria. Así, poderoso señor, nada puedo darles á los míos, como no sea la sangre limpia y el cogote tieso, pobres dotes, en verdad, para inspirar simpatías á los hipócritas, ganar voluntades cortesanas y ban-

dearse en la corrompida corte del Exito, donde gozan de gran predicamento y tienen establecidos sus tribunales de justicia la Adulación y el Fraude. Y en trance tal, ¿á quién recurrir sino á Vuestra Señoría, cuya inteligencia magnánima abre de par en par las puertas de la comprensión á todos los peregrinos, y cuyas manos ponen un timbre de ventura á todo lo que tocan? A Vuestra Señoría, pues, encamino «El Terruño», que éste es el nombre del mozo, rogándole lo reciba sin ceño y cubra la pobreza y el feo corte de las ropas que lleva, con el capotillo galano de un prólogo suyo, á fin de que sin vergüenza pueda presentarse ante las gentes y éstas sin desvíos lo miren, y aún se encariñen con él, luego de conocerlo, porque, vanidad de padre aparte, el muchacho es discreto, de humor regocijado — caso peregrino, ya que quien lo engendró llora lágrimas de acibar y sangre — y no desprovisto de buenas letras, por lo cual, burla burlando, dice á veces cosas, si no graves y propias de un ingenio macho, por lo menos agudas y traviesas, que seguramente han de placarle y solazar á Vuestra Señoría.

Así lo espero yo, y si por desdicha no fuera así, y además si al dar este paso pecho de inoportuno y atrevido, culpe Vuestra Señoría á su

VIII UNA EPÍSTOLA Y UN SONETO

fama de bondadoso, que deja pequeñita la más grande discreción, despida sin miramientos al intruso, perdone mi poco lino y téngame siempre por el más fiel y humilde de sus criados.

CARLOS REYLES.

Al noble Señor Don Carlos Reyles

Cultivador de terruños y "Terruños"

*Corcel de tan cumplida gentileza
cual la heredad de su merced los cría,
no otra gala mejor requeriría
que aquellas que le dió Naturaleza.*

*Desnudo el lomo, libre la cabeza,
más claro su donaire luciría,
y el tosco arreo de la industria mía
parecerá baldón de su belleza.*

*Pero, obediente, compondré el arreo,
en que todo ornamento fuera escaso
á hacerle digno de tan alto empleo,*

*y si sobrado ruin saliera acaso,
arrójelo de sí; de un escarceo,
y humíllelo á sus cascos de Pegaso!*

JOSÉ ENRIQUE RODÓ